



R 183983

Pocholo 10

CIMS.

Año I

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 1

La heroica defensa de Pocholo



1. Como hombre feliz no hay que buscar otro que el Sr. Samuel, dueño de un puesto de frutas por los alrededores del mercado.



2. Una mañana tiene que ausentarse y llama a Pocholo, que por allí estaba vagabundeando, diciéndole: — Te regalo dos nicas naranjas, las mejores del montón, si sabes guardar durante media hora mi mercancía.



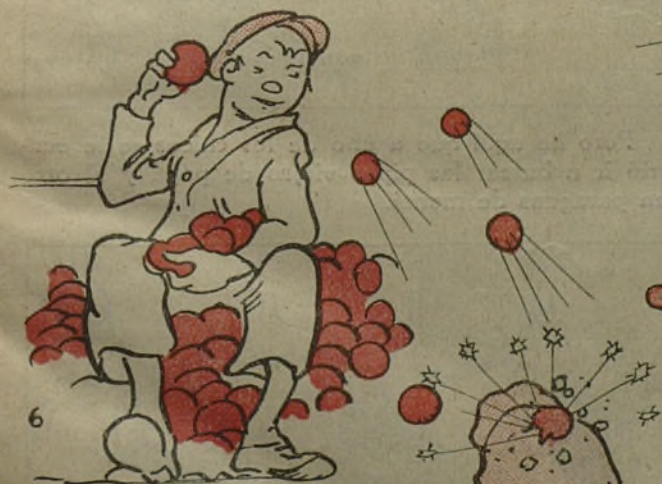
3. Queda muy serio Pocholo al frente del montón de naranjas, pareciendo un emperador sentado en su trono.



4. No obstante, a los pocos minutos aparecen dos pilletes de mala catadura que se proponen regalarse con las hermosas naranjas, y piden unas cuantas a Pocholo en una forma algo grosera.



5. — Antes pasaréis por encima de mi cadáver — dice Pocholo con gran orgullo



6. Seguidamente les arrea con gran acierto naranjas por las cabezas respectivas; éstos contestan con igual moneda, entablándose una singular batalla campal, hasta que al final el puesto de naranjas queda reducido un par de ellas y la calle completamente alfombrada de las mismas.



7. Escapan volando los dos pilletes con sus bolsillos repletos de tan jugoso fruto. Pero Pocholo ha defendido su puesto sin retroceder un ápice.



8. — ¡Sr. Samuel! — le dice, al pobre vendedor que acaba de llegar y que ha perdido el uso de la palabra al contemplar aquel espectáculo. — ¿Me merezco las dos naranjas que Vd. me ha prometido, verdad? (estas dos eran las únicas que quedaban en el montón).

20821 LAS VENTAJAS DE TENER FUERZA



—¿Tiene V. lumbre, caballero?
—No, señor.

—Bueno, ya nos arreglaremos.

—Ahora, enderezaremos un poco el farol, y aquí no ha pasado nada.

—¡.....!

NO HAY QUE APAGAR TODO LO QUE ARDE

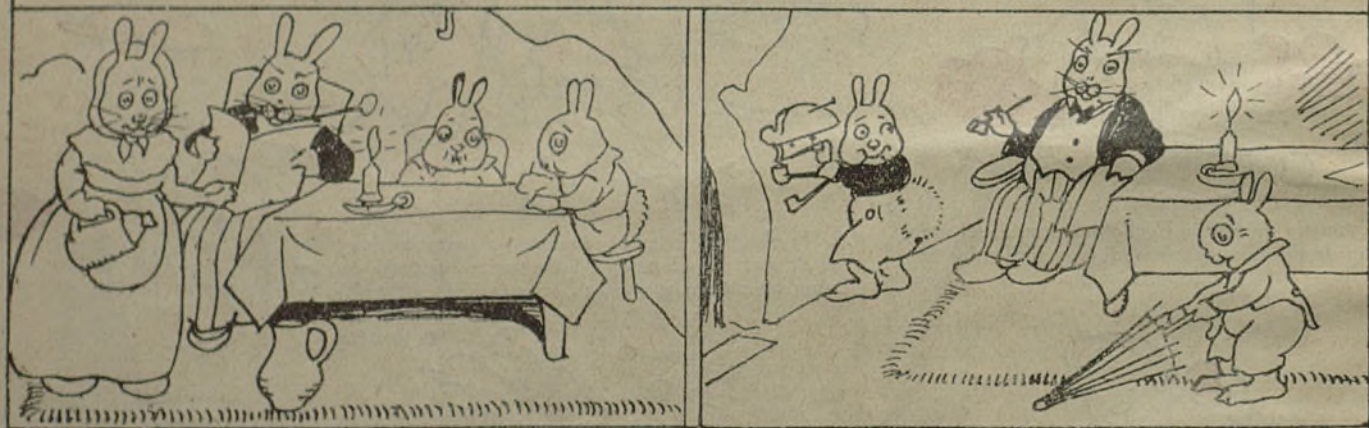


—Caballeros: Van a ver ustedes con qué facilidad me trago esta stopa encendida.

Desgraciadamente, entre los espectadores hay un bombero demasiado celoso de su deber, que da la señal de alarma.

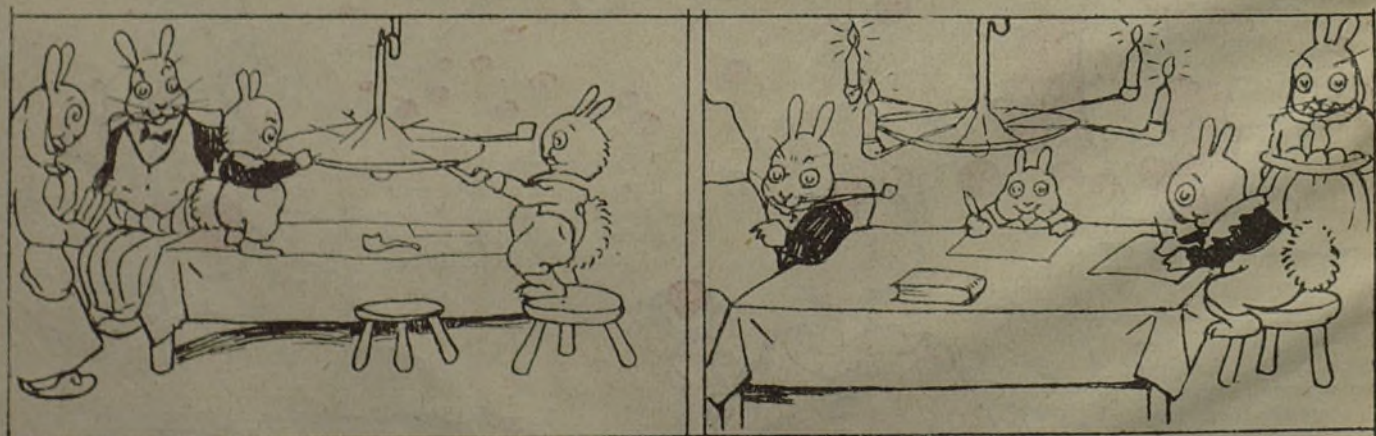
Y.... en efecto. He aquí el resultado.

UNA IDEA LUMINOSA



—Es imposible hacer nada con esta luz.

Pero he aquí que a uno de los chicos se le ocurrió ir a buscar las pipas viejas de papá y al otro un paraguas de mamá.



Los papás contemplaban embobados y satisfechos las maniobras de los pequeños.

Y he aquí el hermoso y económico candelabro que construyeron y lo contenta que aparece toda la familia.



Froilán el Bandido Misterioso



En 1866, el conde de Bearnay, joven apuesto y de gran valor, reunió a sus numerosos compañeros, invitándoles a cenar en su castillo de Borday. Transcurrió la cena sin el menor contratiempo, y ya iban a levantarse los invitados, cuando el conde suplicó un momento de atención y se expresó en estos términos:

—Todos vosotros conocéis mi vida y sabéis también que mis antecesores han ido sucumbiendo poco a poco bajo el veneno o el puñal de uno o varios enemigos ocultos e implacables que hasta el presente no

han dejado el menor rastro. Pues bien, una feliz casualidad ha puesto en mis manos un documento por el cual creo haber adivinado quienes puedan ser mis enemigos y éstos, que son poderosos, no cejarán hasta dar fin con mi familia, que ha quedado reducida a mi hermana Luisa y yo. Os acordaréis que no ha mucho Luisa fué herida por mano desconocida y que, si por fortuna la herida no fué grave, no fué debido al asesino, sino al azar, que quiso que el caballo que montaba mi hermana se espantase y la bala que iba dirigida al corazón le perforase un brazo. Todo esto, amigos míos, os lo comunico porque ha llegado la hora para mí tan deseada de la venganza, y mañana sin más tardar desapareceré, pero no iré tan lejos que os quedéis sin noticias mías, ya que pienso que éstas lleguen a vosotros lo más a menudo posible. Yo no quiero que ninguno de vosotros me ayude en mis asuntos, que son míos exclusivamente, pero sí os pido que si alguna vez sucumbo, protejáis a mi hermana. Quiero también de vosotros que me juréis que cuando os llame, sea al que sea, vendrá inmediatamente al lugar donde le cite y de este modo, además de tener noticias mías, os pondré al corriente de lo que me suceda. No os extrañe no ver a mi hermana entre vosotros, pues anoche la llevé a un paraje seguro que he escogido para empezar mis correrías. Venga, pues, el abrazo de despedida y no dudéis un momento que saldré en bien de esta empresa.

Así se despidió el conde, al que desde ahora llamaremos Froilán, de sus amigos, y al día siguiente vieron los habitantes del país aquel castillo, donde tantas cosas habían sucedido, cerrado y desierto.

Quince días habían transcurrido desde la desaparición de Froilán, cuando una noche las campanas de la iglesia despertaron a los vecinos sobresaltados, y poco después se supo la causa. El señor de Pasy, rico hacendado de aquellos lugares, había desaparecido de su castillo y éste ardía por los cuatro costados. Primero se supuso que el señor de Pasy se dió cuenta a tiempo del peligro que corría dentro del castillo y que, loco de terror, había escogido para salvarse, un paso subterráneo que atravesaba aquella comarca y que a la sazón estaba obstruido, siendo por lo tanto imposible que el pobre señor saliese de aquel laberinto con vida. Otros, en cambio, suponen que el incendio le había sorprendido en la cama y, por lo tanto, había muerto carbonizado.

La servidumbre se retiró como siempre a las nueve y vieron por última vez a su señor cuando éste entró en sus habitaciones. El fuego precisamente se inició en el ala derecha, o sea donde estaba el dormitorio del señor y pronto este quedó envuelto en llamas, siendo imposible de todo punto acudir en su socorro. Pero lo extraño del caso era que todo el personal de servicio del castillo fué despertado por una detonación formidable, a la que sucedieron los gritos de fuego dados por una persona para ellos completamente desconocida. Esta fué la causa de que el incendio hasta entonces oculto no los sorprendiese en el lecho.

Todo eran comentarios y los más preguntaban el origen del incendio. El castillo continuaba ardiendo y no quedaban de él más que las paredes, puesto que las techumbres se habían

derrumbado y todo cuanto encerraba el castillo había sido pasto de las llamas. La servidumbre corría alocada, lamentándose por la desaparición de su señor; el pueblo en masa, que había acudido a presenciar el incendio, tenía también palabras de conmiseración por el señor de Pasy. Poco después se presentó el juez con un escribano y después de tomar declaración a los criados y mayordomo, ordenó su detención, pues ninguno de ellos confesaba haber dado el grito de alarma. Poco a poco fueron retirándose los curiosos y el castillo se derrumbó por completo.

Cuando todo estaba en silencio apareció un hombre. Estuvo inspeccionando el lugar largo rato y poco a poco se fué acercando al castillo, que sólo era un montón de escombros: una sonrisa apareció en sus labios.

—Así os he de tratar a todos — dijo. — Ahora, vamos a ver lo que dice el hipócrita y sanguinario Pasy.

Dió un prolongado silbido y no había transcurrido un minuto cuando apareció un caballo.

—Bien, Moro, creo que nos ha caído trabajo, pues la distancia es larga y el pobre Pasy pesa algo más de lo regular, así es que no perdamos tiempo.

El caballo, como si comprendiese aquello que se le decía, se acercó a su dueño y éste de un salto montó, desapareciendo ambos en la obscuridad. A un kilómetro de lo que fué castillo de Pasy existía una cabaña de pastores largo tiempo abando-



nada. En esta cabaña fué donde hizo alto nuestro jinete. Se apeó del mismo modo que había montado, esto es de un salto, y acto seguido se dirigió a la parte trasera de la cabaña. En aquel lugar detúvose y un grito de rabia se escapó de su pecho.

—¡Ah! ¿Con que si llego un poco más tarde ya hubieses volado?

Estas palabras se dirigían a un hombre de unos 50 años, de complexión robusta, que tendido en un montón de paja parecía no ver ni oír nada. Una espesa barba cubría gran parte de su rostro y su traje, aunque sucio y hecho jirones, no por eso dejaba de ser elegante. Sus pies estaban sólidamente amarrados y una de sus manos también en una estaca clavada profundamente en el suelo. Al ver aparecer al jinete, un gesto de rabia asomó a su rostro, pero éste pasó enseguida y apoyando la cabeza sobre la mano que le quedaba libre miró fijamente a su rival y permaneció inmóvil.

—¿Con que has logrado desatarte una mano? ¿Acaso crees (Continuará)

El incauto Cascanueces



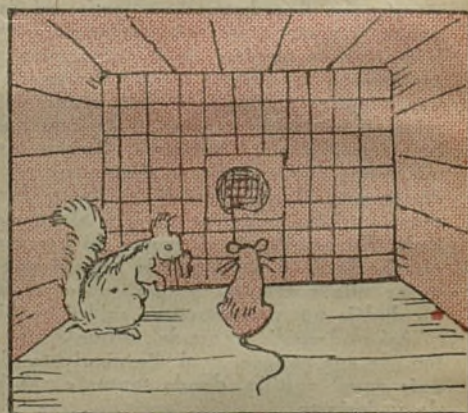
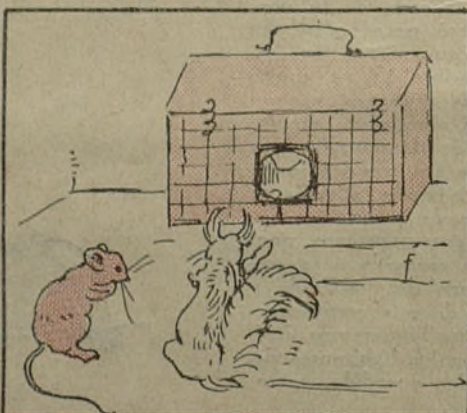
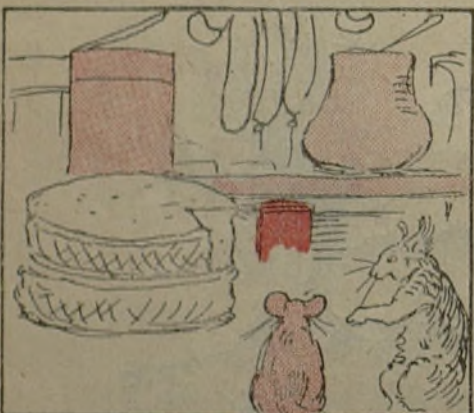
En la frondosa copa de un olmo vive Cascanueces, tranquilo y dichoso, con su madre, la señora Ardilla, la cual le cuida con tierna solicitud y le procura sabrosas nueces y avellanas, con que suelen alimentarse los animales de su raza. Cascanueces tenía muy poco seso y lejos de

contentarse con su envidiable suerte, soñaba continuamente en abandonar el árbol y correr mundo. Un día acertó a pasar Roequeso, ratón muy sinvergüenza, y con el cual su madre no quería se tratase, y charlando, charlando, acabó por confiarle sus ambiciones. Roequeso,



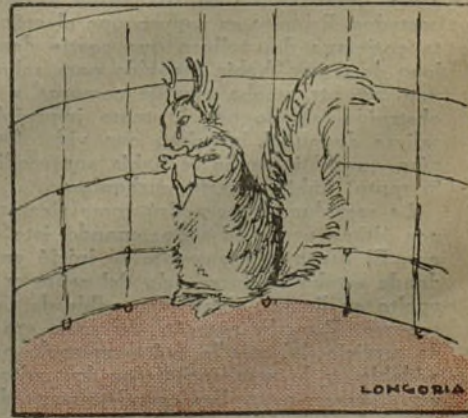
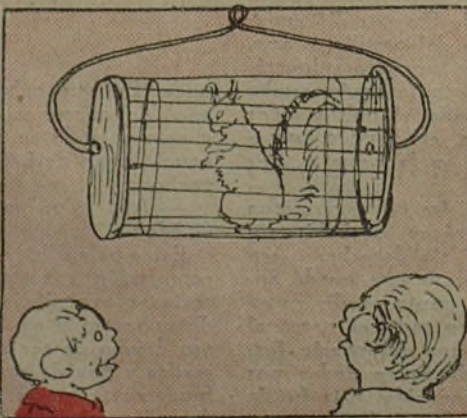
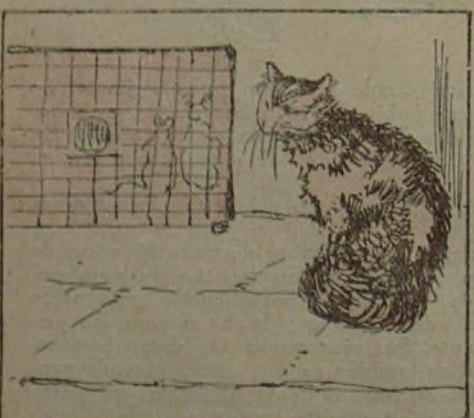
que era un verdadero trotamundos, le ponderó las maravillas que había por el mundo e invitó a hacer con él una buena escapada, con o sin permiso de su madre, que tan crecido ya no le necesitaba para nada. Aceptó el incauto Cascanueces y a la mañana los dos com-

pinches se fueron al vecino poblado. Roequeso, que conocía al dedillo los caminos y agujeros subterráneos, le llevó a una casa de bien provisto granero, con abundancia de toda clase de golosinas y manjares apetitosos. En un rincón descubrieron una como cajita, dentro



de la cual estaban depositadas unas apetitosas tajaditas. Quisieron desde luego probarlas; y después de discutir largamente, Roequeso logró convencer a Cascanueces de la seguridad que reunía dicha caja. Pero... apenas entraron sonó un erac, no de muy buen agüero, que-

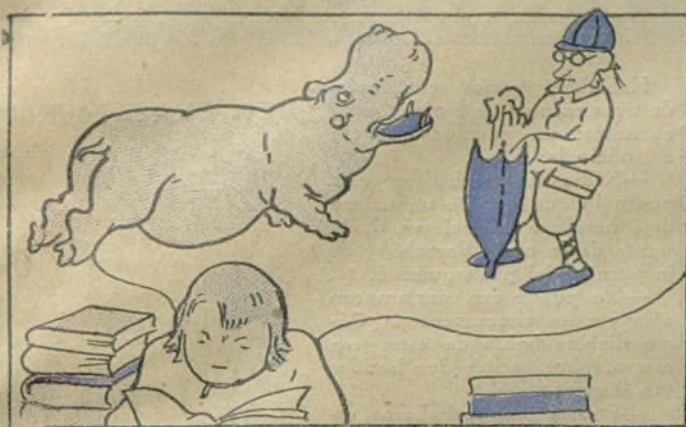
dando sólidamente encerrados. Calcúlese su pena, y más cuando vieron no muy lejos ciertamente, a un gatazo que los contemplaba ávidamente. Al día siguiente apareció una mujer que abriendo una portezuela hizo salir a Roequeso, que fué seguidamente devorado por



el gato; a Cascanueces lo encerraron en una jaula de alambres en forma de rueda, que el infeliz, en su afán de buscar la salida, hacia rodar sin tregua ni descanso. Con gran contento de la chiquillería,

que lo contemplaba a todas horas. ¡Pobre Cascanueces! ¡Cómo se acordaba ahora de lo dichoso que era al lado de su madre, en la copa del olmo donde naciera!

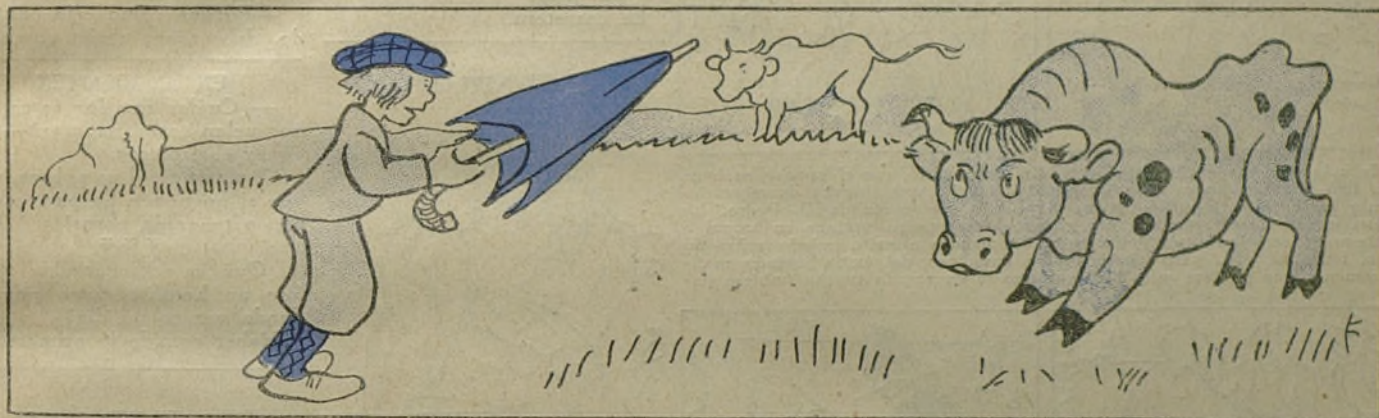
Una aventura de Pocholo



Pocholo es un gran lector; sumido en la lectura le pasa el tiempo sin darse cuenta y apartado por completo de la vida real. Precisamente, ahora está leyendo "El misterio del hombre sudoroso", y claro, esto sucede en la región del eterno

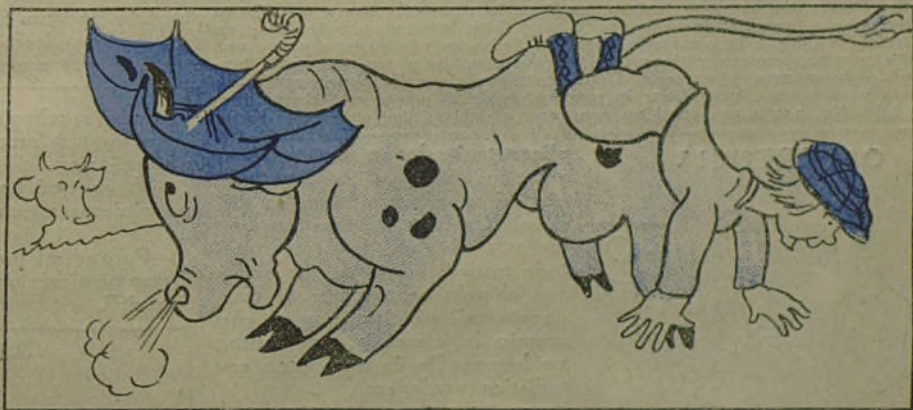


verano, Africa central. ¡Qué sangre fría más soberbia es la del botánico inglés Mr. Fhoster! En estos momentos está contemplando como amenazador se acerca un imponente hipopótamo, sin llevar arma de clase alguna. Pero ¡oh maravilla!



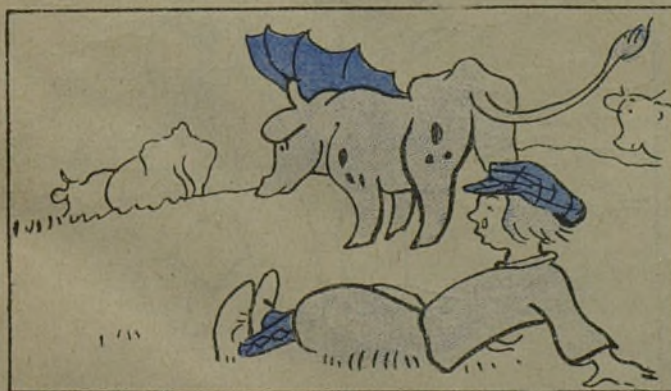
abriendo de repente su paraguas delante de la boca misma del hipopótamo, éste huye más asustado que un ratoncillo. Pocholo se entusiasma y quiere poner en práctica tan soberbia hazaña. Lo malo es que por aquellos contornos no hay hipopótamos.

Pero se acuerda que en una pradera cercana hay unos hermosos toros que bien pueden hacer sus veces. Ni corto ni perezoso, coge la sombrilla de su mamá y se dirige al campo. Paso a paso se va acercando al bicho, mientras éste le va mirando



con una cara más seria que un juez de primera instancia. Cuando lo tiene cerca, ¡zas! abre la sombrilla, esperando ver, claro, huir a escape al toro bravo, pero lo que ve son dos cuernos como dos catedrales que agujerean la tela y al mismo tiempo

lo levantan por los aires. Menos mal que el toro, al fin y al cabo, no fué de los más malos y no se ensaña con la víctima, sino que se aparta tranquilamente y procurando quitarse de la cabeza la sombrilla nefasta. Pero Pocholo ha recibido un buen



golpe, y sino que lo digan sus costillas. Sentado en el suelo, sin casi poder levantarse, llora amargamente su suerte mala. Una vez ya más repuesto de su quebranto, Pocholo se dirige a su casa y furioso arroja por la ventana, al igual que el ama



de D. Quijote y el cura, todos los libros, que en este caso quizá no son de caballería pero sí de tautomaquia, y cuyas hazañas si bien están para escribirse, mal están para realizarse.



DESCRACIADA PESCA



D. Pedro Pescanada todos los días, de mañanita, sale de su tienda y se dirige tranquilo al río; una vez sentado cómodamente, echa el corcho al agua y permanece largas horas absorto en la contemplación del corcho indicador, que flota majestuosamente en el agua, enorgullecándose al propio tiempo a los ojos de los curiosos (chiquillera) que no se cansa de contemplar tan interesante espectáculo. D. Pedro, desde su más tierna infancia ¡oh, se acordaba muy bien! no había tenido la dicha de pescar



ni la más inocente sardinilla. Cierta día, pero, notó que el corcho se hundía, tiró fuerte y apareció una magnífica trucha que coleaba desesperadamente en el aire; grandes gritos de júbilo por parte de D. Pedro. La nueva cunda inmediatamente por el pueblo y acuden vecinos en tropel a contemplar semejante acontecimiento. Se discute a grito pelado sobre su peso, longitud, etc., pero cierto vecino envidioso del éxito, insinúa maliciosamente que pudiera muy bien ser que la expresada trucha hubiese pa-



sado, antes de hacerlo por la caña de D. Pedro, por la pescadería. Al oírlo el Sr. Pescanada se pone furioso, empieza la discusión hasta que llegan a las manos, cambiándose sendos y muy bien asestados puñetazos; un guardia los lleva a la comisaría y allí D. Pedro es castigado a pagar una multa por pendenciero y tiene que irse desesperado y con una nariz hinchada sobremanera a su casa. Desde entonces sigue D. Pedro acudiendo al río para pescar, pero tiene la precaución de no poner anzuelo al final del hilo. No, no; a esa edad no son recomendables semejantes emociones.

OCURRENCIA



Disputa Calinez con un director cinematográfico y recibe este último una bofetada. Lleno de indignación exclama el agredido:

—¡Esto no puede quedar así!
—Pierda usted cuidado, que eso no queda así; eso se hincha.

Un petardista a su amigo:
—Préstame seis duros.
—Sólo tengo dos.
—Pues bien, dame esos dos y me deberás cuatro.

¿POR QUE HAY MAS CALVOS QUE CALVAS?

En cuanto al hecho de que haya más hombres calvos que mujeres, nada más fácil de ex-

plicar teniendo en cuenta que entre los primeros, sólo una pequeña minoría trata de disimular la falta de pelo con pelucas y bisonés, mientras que toda mujer que nota que se le cae el pelo echa mano de cincuenta mil postizos que el comercio le ofrece y, por tanto, no hay medio de hacer una estadística verdadera.

VIAJE ECONOMICO

BILLETES



En una estación de ferrocarril un baturro pidió billete para conducir su burro.

—¿Y para usted? — le preguntó el empleado.

—Yo — replicó — no lo necesito: iré montado.

Hablaban varios cazadores, de tiros raros y de heridas poco comunes; un andaluz que era del oficio les dijo:

—Nadie ha hecho en este punto lo que yo. De un balazo dejé herida a una cierva de la punta de la oreja derecha y de la pezuña del pie izquierdo.

—No puede ser, exclamaron a la vez los concurrentes. ¿Cómo diablos había de estar esa cierva, para recibir dos heridas tan disparatadas?

—Poco a poco, caballeros, dijo el andaluz; cuando yo la apunté, se estaba rascando.

¿Qué es lo que va de Madrid a Barcelona sin moverse y sin dar un paso?

La carretera.

Testamento



Malinez hace su testamento, que termina así:

“Ruego a mis herederos hagan el favor de proceder a mi autopsia por un médico de fama, porque deseo conocer la causa de mi muerte”.

A una muchacha llegada de su pueblo para servir, le pregunta la señora:

—Y, ¿a qué ha sido debido que vinieras a servir a la ciudad?

—Porque mi madre me dijo: “Como no sirves para nada, vete a servir”.

EN EL RESTAURANT



—¡Mozo! ¿Cómo se llama este vino?

—¿Por qué?

—Porque como está bautizado, debe tener algún nombre.

EN UN EXAMEN

—¿Cuáles son los seres que no suelen tener paperas?—pregunta el profesor.

El alumno:—Los pobres, porque si no tienen pa pan, ¡cómo van a tener pa peras!

¿Qué es indispensable para que un hombre coma por segunda vez en un día?

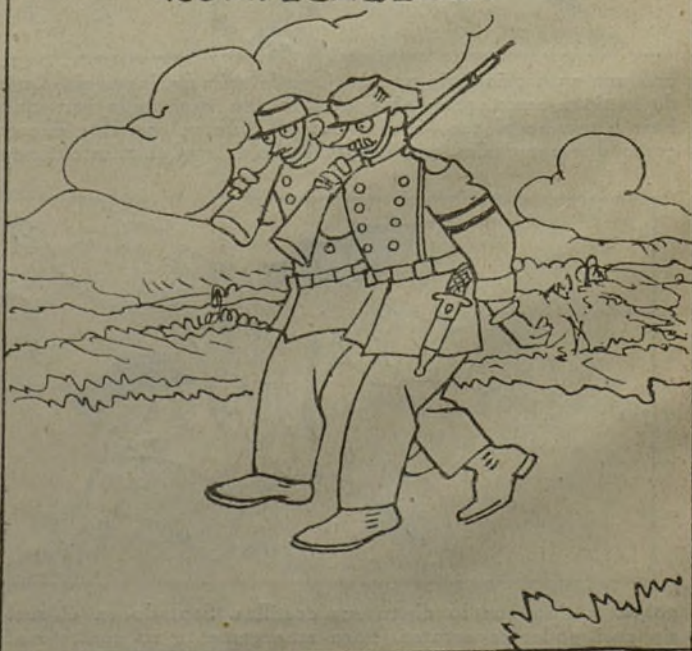
Haber comido la primera.

EL LIRÓN



El lirón siempre está durmiendo, pareciendo con frecuencia que está muerto.

ROMPECABEZAS



¿Dónde está el ladrón?



CHISTE BATURRO

Dos baturros estaban contemplando un reloj de pared cuando uno de ellos dijo:

—¡Rediez, chico! Si parece que está parao.

A lo que contestó el otro:

—¡Otra! Pues no ha de estar parao si está clavao en la pared.

Dos ingleses penetran en una tienda de París porque en el escaparate han visto la leyenda: "English spoken". Malgrado la atrayente advertencia, la vendedora no habla una sola palabra en inglés. Uno de los dos insulares le pregunta, haciendo un terrible esfuerzo:

—Pero... ¿quién... habla... inglés... aquí?...

—Los clientes — responde la muchacha



VELOCÍPEDOS PARA HIELO

Hállase construído como los velocípedos comunes; tiene una sola rueda delante y en lugar de las posteriores, dos hierros acerados iguales a los patines.

Verde me crié,
rubio me cortaron,
prieto me molieron,
blanco me amasaron.

*** El trigo

Hablo y no pienso,
loro y no siento,
no sin razón,
y miento sin intención.

*** El loro

COLMO

El de un vidriero.
Colocar cristales a las ventanas de la nariz.

De todos los animales de organización superior, el cocodrilo es el que más crece, en proporción al tamaño que tiene cuando nace. Recién salido del cascarón no mide más que dos decímetros, o a lo sumo dos decímetros y medio, y en cambio al llegar a la edad adulta puede alcanzar una longitud de más de cuatro metros. Si el paquidermo creciese en esta proporción, alcanzaría la altura de una casa de tres pisos.

EMPRESA DIFÍCIL

El papá sentado en un sillón leyendo.

El niño.—Papá, hay una mosca en el techo.

El papá distraído.—Aplástala con el pie y déjame en paz.

POR SILAS MOSCAS



—¿Verdad, señorita, que V. no es supersticiosa?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque se me acaba de romper la luna del espejo.

El coletazo de una ballena es el golpe más fuerte que puede dar un animal; síguete en fuerza, la cox de la jirafa y el zarpazo del león.

Un ladrón, terror de su comarca, caminaba hacia el suplicio, y el sacerdote le decía:

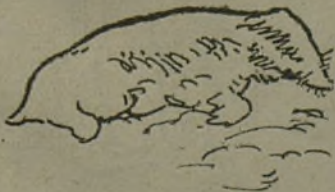
—Este es el momento de orar y pedir a Dios por haberse ocupado en tal mal oficio.

—¡Tan mal oficio!, dijo el ladrón con viveza: ¡en qué error está V., padre! Era muy bueno, si me hubieran dejado trabajar en él.

COLMOS

El colmo de un guardia.
Detener la circulación... de la sangre.

TOPO



El topo es apreciado por su piel y se alimenta de gusanos.

Hablando en una tertulia sobre diferentes materias llegó a tratarse de los sueños; y un caballero dijo que en la noche anterior había soñado con los piojos.

—Eso no es extraño, contestó uno, pues ordinariamente se sueña por la noche con lo que ha pasado de día por la cabeza.

Un patán va a consultar a un médico, el cual le receta una caja de píldoras.

Al otro día vuelve el cliente

a la consulta, y el doctor le pregunta:

—¿Ha tomado usted las píldoras?

—Sí, señor. ¡Pero lo que más me ha costado tragar ha sido la caja de cartón!

COLMOS

El colmo de un astrónomo.
Ver el sol, la luna y las estrellas a través de un pisotón.

El de un profesor de esgrima.
Dar un sablazo... a un amigo.

Nuestros concursos

Pocholo, además de publicar historietas, cuentos, chistes y dibujos graciosísimos, organizará cada mes un concurso con premios bajo las siguientes condiciones:

Podrán tomar parte en él todos los niños y niñas que compren Pocholo, siendo indispensable nos remitan las contestaciones antes del último día del mes a que corresponda cada concurso.

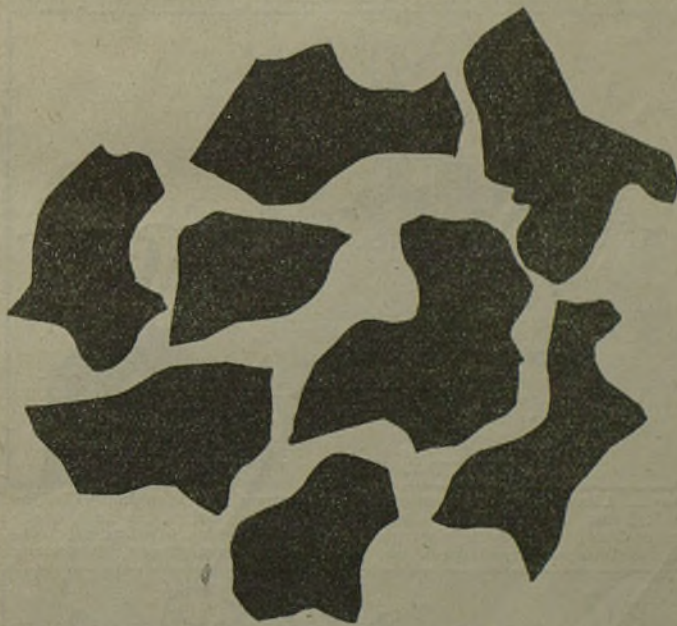
Para justificar la condición de comprador de Pocholo, deberá recortarse uno de nuestros boletines que aparecerán en cada número y remitírnoslo con la contestación.

Cada niño o niña podrá remitir el número de contestaciones que tenga por conveniente, siempre que cada contestación vaya acompañada de un boletín.

Cuando sean varios los concursantes que nos manden la solución exacta de un concurso, se sortearán los premios entre los mismos.

Consistirán éstos en juguetes, libros u otros objetos instructivos, ofreciendo para cada concurso dos premios: uno para niños y otro para niñas.

Concurso núm. 1



Pocholo ha tomado un trozo de papel y lo ha recortado, describiendo el perímetro de una región de España. En un momento de descuido, su hermanito con unas tijeras se lo ha desmenuzado en pedacitos iguales a los de este grabado. ¿Cuál de vosotros sabrá juntarlos debidamente e indicarnos cuál es el nombre de la región?

Premios para este concurso. — A los niños: una bonita pelota de futbol de reglamento. A las niñas: una muñeca muy elegante.

El verdadero inventor de las plumas de acero, tal como las usamos ahora, fué F. Alexander, que montó la primera fábrica de plumas en Birmingham, en el año 1816, si bien hasta veinte años después no adquirió gran importancia.

BOLETÍN

que deberá acompañar a cada solución que se nos remita para el Concurso n.º 1 de POCHOLO



Se acercaba la época de veranear y después de comer, en casa de D. Nicanor se estaba discutiendo el lugar donde se pasaría aquel verano: ¿la montaña? ¿la playa? Finalmente prevaleció el criterio del jefe, que abogaba, debido a sus diarias obligaciones, por ir a las afue-



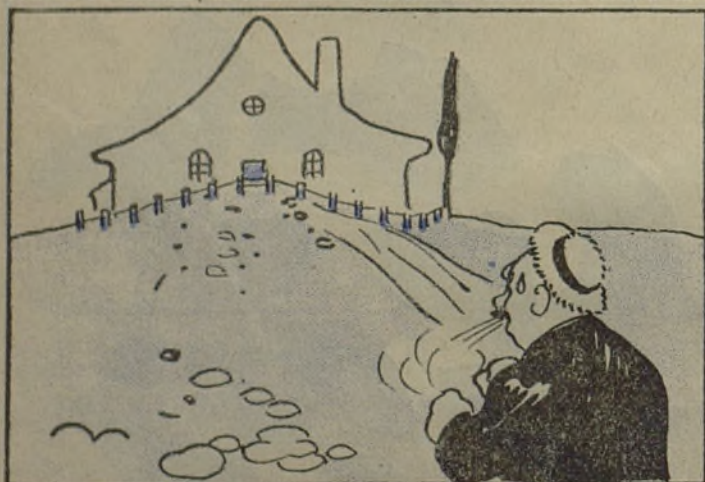
ras de la ciudad. Acto seguido el Sr. Nicanor manda a la muchacha a comprar un periódico, sin parar atención a las protestas de su esposa, que dice que ayer se compró otro. "Estupenda quinta a cinco minutos parada tranvía de Horta, cuarto de baño, sin ratones, sin chin-



ches y muy pocos escarabajos, etc., etc.", reza el anuncio. Grito general de aprobación en el auditorio. Al próximo domingo coge su bonito reloj de boda, que se adelanta muy poco, dispuesto a comprobar la veracidad del anuncio; se encarama en un tranvía tan bonito como el re-



loj, si cabe, y se apea en el lugar indicado. Atención, preparación, y empieza D. Nicanor a contar los minutos, al mismo tiempo que echa a andar hacia el lugar indicado en el anuncio, que resulta ser una calle con más cuesta que unas montañas rusas; pasan 5, 10, 15, 20 mi-



nutos.... Llevaba media hora ascendiendo cuando llega a la "Villa Jocososa", llama reciamente a la puerta, al propio tiempo que se prepara para emitir por su boca y garganta los más floridos insultos del idioma, dirigidos al arrendatario, por su singular sinvergüenza al insertar



tal anuncio. Efectivamente, se abre la puerta y empieza sus diatribas: Esto es una estafa. ¿Qué se ha creído V. mocos? — ¿Qué no está a cinco minutos del tranvía? Ahora lo verá usted, dice el simpatiquísimo arrendatario. Leal, ven aquí y acompaña a este señor. — Y le suelta un



bull-dog de dimensiones rinocerontescas. — Socorro, grita el pobre Nicanor, echando a correr como alma que lleva el diablo, cuesta abajo, perseguido de cerca por el incansable Leal, llegando a la parada del tranvía en el preciso momento en que pasa éste y gracias al cobrador y a algunos pasajeros que le ayudan a subir al coche en marcha, el



perro sólo le arranca medio pantalón. — Qué, le pregunta la familia al llegar a su casa. ¿Estaba en realidad a cinco minutos del tranvía? — Mujer, no sé qué decirte; de subida he tardado más de media hora, ahora que de bajada ha sido cuestión de minuto y medio.